

12 de julio de 2026
VIDAS DE SANTOS

“San Juan Gualberto: Fundador de la Orden de Vallombrosa”

¡Qué flores tan maravillosas crecen en el jardín de Dios! Nunca podremos admirarlas lo suficiente si las entendemos como las vidas de los santos que nos han sido legadas. De hecho, la Iglesia goza de una gran riqueza de santos y cada una de sus vidas, así como de sus muertes, nos relata la historia del amor de Dios hacia aquellos hijos suyos que decidieron seguir sus caminos. Sin embargo, algunos no lo hicieron desde el principio.

Así sucedió con san Juan Gualberto.

Nació en Florencia en el año 985 en el seno de una familia noble. Desde su juventud, estaba destinado al servicio militar. Su padre, un guerrero, educó a aquel muchacho tan vivaz en las bellas artes y cultivó en él la conciencia de la dignidad y el honor de un guerrero. Sin embargo, no se menciona nada acerca de una educación en la religiosidad y la virtud cristiana.

Juan Gualberto era rico, pertenecía a un distinguido linaje y disfrutaba de su posición. Por tanto, nada parecía indicar que más adelante se convertiría en un ferviente religioso.

No obstante, el Señor sabía cómo llegar a su corazón. Aunque supuso una situación dolorosa, Dios se valió de ella para llevar a cabo sus planes con él.

Resulta que su único hermano, Hugo, fue asesinado. Su padre juró venganza y, al parecer, encargó a su hijo Juan que matara al asesino.

Lo que aconteció entonces nos ha sido legado en este relato:

Fue precisamente un Viernes Santo cuando el noble joven Gualberto se topó con el asesino de su querido hermano Hugo en un camino encajonado cerca de Florencia. Llevaba tiempo buscándolo y había jurado venganza de sangre contra él, según la costumbre de la época. Lleno de ira, desenvainó la espada contra el indefenso. Este, viéndose incapaz de huir, se arrodilló, cruzó los brazos sobre el pecho y suplicó: «Por amor a Jesús, que hoy, en la cruz, perdonó a sus asesinos, apiadaos de mí; si yo soy un asesino, no queráis vos también convertirlos en uno; si en el torbellino de la pasión he derramado sangre inocente, vos, con serena sensatez, absolved al culpable y perdonad al arrepentido».

La conmoción que le produjo tal súplica fue tan grande que Gualberto se sintió paralizado. Tras luchar consigo mismo durante un momento, arrojó la espada, tendió la mano derecha al asesino, que permanecía de rodillas ante él, y exclamó: «Lo que pedís el Viernes Santo

en nombre de Jesús no puedo negároslo. ¡Que Dios perdone también mis pecados!». Entonces, le abrazó y le besó, y se marchó de prisa.

Rebosante de conmoción, Juan Gualberto llegó al monasterio de San Minias y envió a su acompañante a casa con los caballos. Entró en la iglesia y se arrodilló ante la imagen del Crucificado para rezar. Al alzar sus ojos llenos de lágrimas hacia la imagen sagrada, el Señor Crucificado, lleno de bondad y misericordia, parecía inclinar la cabeza y decirle amablemente: «Puesto que tú has perdonado, también yo te perdonaré».

Ese fue el gran giro en su vida. A partir de entonces, ya no pudo volver a su antigua vida, por lo que suplicó al abad que lo acogiera en el monasterio. Aunque al principio titubeó, finalmente le permitió participar en la liturgia nocturna vestido con ropas seglares.

Cuando su padre se enteró de lo sucedido, irrumpió furioso en el monasterio y, bajo graves amenazas, exigió que le devolvieran a su hijo. El abad le relató con calma lo sucedido, se mostró dispuesto a todo y lo condujo hasta su hijo. Entretanto, este se había enterado de la llegada de su padre, se había cortado rápidamente los rizos del cabello, se había puesto un viejo hábito monástico, se había refugiado en la iglesia y, arrodillado ante el altar, esperaba a quienes lo buscaban. Cuando el padre lo vio, vestido con el hábito y de rodillas ante el altar, las lágrimas le brotaron de los ojos. Sin poder articular palabra, luchó por contener sus emociones, se acercó a él, le tendió la mano y... ¡lo bendijo para que se entregara a Dios!

Al milagro de la conversión de nuestro santo le siguió el milagro de que su padre desistiera de su ira y le permitiera ingresar en el monasterio.

Aquí vemos la maravillosa intervención de Dios en la vida de una persona para atraerla hacia Él. Quien experimenta una conversión así, a menudo se vuelve particularmente fervoroso, como vemos también en el caso de san Pablo.

El resto de vida de Juan Gualberto estuvo marcado por el celoso cumplimiento de la disciplina monástica, a la que se sometió con gran espíritu de penitencia. Cuando, tras la muerte del abad, un abad indigno asumió la dirección del monasterio, Juan Gualberto se retiró y se dirigió a Camaldoli, donde se encontraba san Romualdo. Este le aconsejó que se estableciera en la solitaria Vallombrosa —«el valle de la sombra»—, donde encontraría a dos excelentes ermitaños. Así fue: estos hombres vivían con tal perfección que varios clérigos y laicos se unieron a ellos, por lo que resultó necesario construir un monasterio. Para este propósito, la abadesa de San Hilario les donó praderas, viñedos y bosques. Una vez concluida la construcción, eligieron a Gualberto como abad, a pesar de su resistencia, y prometieron observar la Regla de san Benito con todo su rigor originario.

La fama de la vida de santidad de los monjes de Vallombrosa, cuya orden había sido reconocida eclesiásticamente por el papa Alejandro II en el año 1070, atrajo a numerosos obispos y príncipes: los primeros pedían ayuda para revitalizar los monasterios en decadencia según sus principios religiosos; los segundos ofrecían bienes para fundar nuevos monasterios.

El celo de Gualberto por la gloria de Dios y la salvación de las almas no conocía descanso. En poco tiempo surgieron doce nuevos monasterios y otros ya existentes adoptaron las reformas y se unieron a la congregación, que bajo el pontificado del papa Inocencio III contaba ya con más de sesenta monasterios. Hasta el siglo XVII, esta congregación aportó a la Iglesia doce cardenales, unos cuarenta obispos, más de cien escritores, así como varios santos y beatos.

Juan Gualberto no solo fundó monasterios, sino también hospitales. Aun siendo abad, siguió siendo muy sencillo y vivió la pobreza voluntaria de forma convincente hasta su muerte. El pueblo solía decir: «Si alguien quiere saber quién es el abad de Vallombrosa, solo tiene que fijarse en cuál de entre todos los monjes es el más humilde, paciente y piadoso».

Juan Gualberto falleció el 12 de julio de 1073, a los 88 años de edad. Una vida fructífera llegaba a su fin, y no cabe más que alabar a Dios por todo lo que puede suceder gracias a la conversión de una persona.

El papa Celestino III lo elevó a los altares en 1193.

(Fuente: Otto Bitschnau OSB, La vida de los santos de Dios, 1881, págs. 523-525)

Meditación sobre la lectura del día: <https://es.elijamission.net/la-riqueza-de-la-palabra-de-dios-parte-1/>

Meditación sobre el evangelio del día: <https://es.elijamission.net/la-palabra-del-senor-3/>